

de madera en los pescuezos para que no huyesen. Los primeros eran los que, de acuerdo con su amo, querian ser vendidos á otro; pues, como he dicho en anteriores páginas, los dueños de esclavos no tenían derecho para vender los suyos á nadie, sino era con consentimiento del esclavo. Los segundos, los que llevaban el collar de madera, eran los que habiendo sido amonestados por tres veces, reincidían en una falta, lo cual le daba derecho al amo á llevarlos á vender al mercado.

Abundaban en el mercado los figones en que, á módico precio, daban de comer y beber; las barberías en que lavaban y rapaban las cabezas con navajas muy cortantes de pedernal, y los puntos de bebidas frescas.

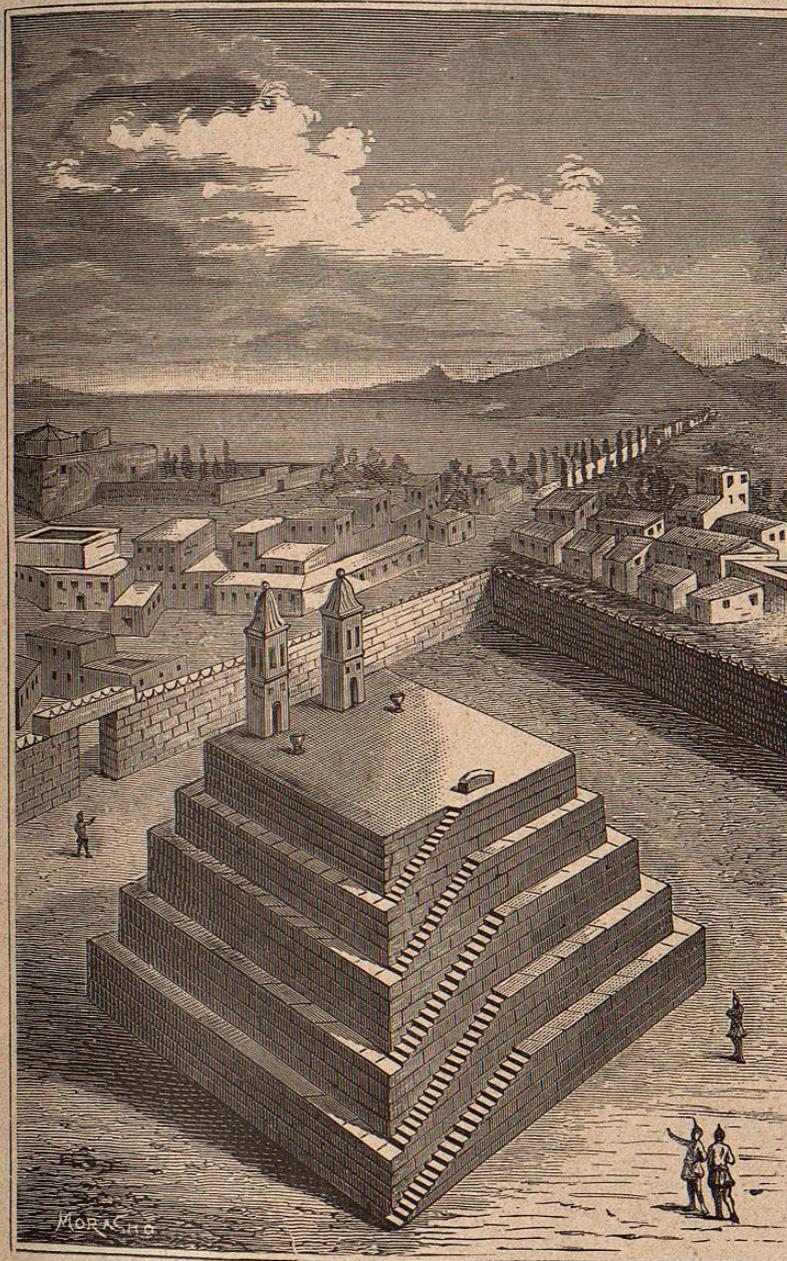
En distintos puntos del mercado y ofreciéndose á los compradores á llevar lo que compraban, se veían muchos cargadores, que eran los mismos que conducían las cargas á las tiendas.

Todo se vendía, como ya tengo dicho, por cuenta y medida, y nada por peso.

Para evitar el fraude y el engaño, así como la venta de comestibles dañinos, recorrían todos los puestos de la plaza algunos individuos de policía, encargados de examinar los objetos y de hacer guardar el orden.

Habia, además, una casa de bastante capacidad, situada en la misma plaza, donde habia una especie de audiencia, compuesta de doce individuos ó jueces de mercado, los cuales resolvían todas las cuestiones suscitadas entre compradores y vendedores, y castigaban allí mismo á los que contravenían á las leyes.

El orden y el buen arreglo de aquel mercado hablaba



TEOCALLI AZTECA

muy alto en favor de la cultura de la nación azteca, y prueban la injusticia de algunos escritores que calificaron de bárbaros á sus habitantes, fijándose solo en los sacrificios que les exigia su religion, y no en sus leyes, en su industria, en sus máximas de moral, en su policía y en su buen orden.

Inmediato á la plaza de Tlatelolco estaba el templo principal, elevado al númen de la guerra *Huitzilopochtli*, y descrito por Bernal Diaz y Hernan Cortés, quienes al visitar el mercado en 1519, pasaron al templo, que fué el objeto principal de la visita.

El sitio que ocupaba el notable *teocalli* que, segun Hernan Cortés, no habia lengua humana que pudiese explicar su magnificencia y esplendor, era vastísimo. Antes de llegar á él, se ostentaba un gran circuito de patios que excedian en magnitud, como asegura Bernal Diaz, á la plaza de Salamanca; y dentro del espacioso recinto de aquel soberbio templo que se encontraba rodeado de un sólido muro de cal y canto, de ocho piés de altura, hubiera podido caber muy bien una poblacion de quinientos vecinos (1). El pavimento del espacioso átrio, comprendido dentro de la muralla, y en el centro del cual se levantaba la gigantesca fábrica dedicada al númen de la guerra, era de tersas y blancas losas que brillaban como claros espejos, y donde el aseo no permitia ni la más ligera mancha de polvo, ni la menor piedrecita (2).

El templo era cuadrilongo y macizo, de losas iguales y

(1) Hernan Cortés. Segunda carta al emperador Carlos V.

(2) «Y todo muy limpio, que no hallaran ni una paja, ni polvo en todo él.»
—Bernal Diaz. «Historia de la conquista de la Nueva-España.»

cuadradas, que descollaba, como un gigante, por encima de los edificios de la ciudad, ostentando cinco cuerpos casi iguales en altura, pero no en longitud ni latitud, pues la medida de ancho y largo iban disminuyendo en cada cuerpo del edificio. El primero, que venia á ser la base de la colosal fábrica, media de largo 117 varas de Oriente á Poniente, y 104 de ancho de Norte á Sur. El segundo cuerpo tenia siete piés menos de largo, guardando proporcion la disminucion tambien de su anchura. La misma proporcionada relacion se veia en los demás cuerpos, estrechando progresivamente sus proporciones (1). De esta manera venia á quedar, en cada cuerpo, un ancho espacio por todos lados, que permitia andar con facilidad á cuatro hombres de frente. En el último cuerpo, habia una plazoleta cuadrilonga, que hemos venido dándole el nombre de átrio superior, que media 104 varas de largo y 79 de ancho. Su pavimento era de losas blancas y tersas, igual en un todo á las que se veian en el átrio inferior.

Dos primorosas torres, perfectamente labradas, se levantaban en la extremidad oriental de la plazoleta, ostentando una altura de diez y nueve varas, que contaba tres cuerpos. En el primero de éstos, que venia á ser propiamente el santuario, se veian, sobre un altar de piedra de cinco piés de alto, los ídolos tutelares; pero ocupando la

(1) La descripcion que presento, he querido que esté de acuerdo con la de Cortés, Bernal Diaz y el conquistador anónimo que vieron el *teocalli*, porque el lector tendrá así una idea exacta de aquel templo. «El circuito del gran cu,—dice Bernal Diaz,—seria de seis muy grandes solares de los que dan en esta tierra, y desde abajo hasta arriba va estrechando, y en medio del alto cu hasta lo mas alto de él, van cinco concavidades, á manera de barbacanas, y descubiertas sin mamparas.»

torre ó santuario que les correspondia, segun sus atributos. Sobre el altar de uno de esos santuarios, se veian los númenes de la guerra, figurando, en primer término, el terrible dios Huitzilopochtli: en el otro figuraban los ídolos de varias divinidades pacíficas, á la cabeza de las cuales se hallaba la estatua del dios Texcatlipoca. El interior del santuario, ó primer cuerpo de la torre en que estaban las falsas divinidades, era de cantería, maravillosamente trabajada; pero la sangre de las victimas sacrificadas desde su construccion, manchaba sus altares, sus paredes y su pavimento, ocultando los primores del arte, y dejaba percibir un hedor tan repugnante y nauseabundo que contrastaba con el de la perfumada atmósfera que fuera se respiraba (1). El segundo y tercer cuerpo eran de exquisito maderámen, con realzados de oro y plata, y figurando, entre sus adornos, mónstruos raros y labores caprichosas. Las torres del templo que describo, así como la de los demás *teocallis*, que se levantaban en la grandiosa ciudad, servian de sepulcros á los grandes señores que anhelaban que sus cenizas descansasen al lado de los ídolos de su devocion.

En una de esas torres se veia un inmenso tambor, hecho de las pieles de grandes animales, que venia á ser la campana de aquellos templos, cuyo sonido melancólico y aterrador se escuchaba, dice Bernal Diaz, á distancia de dos leguas. No muy lejos de ese descomunal tambor habia bocinas, trompetas y navajas de *itzli* para los sacrificios.

(1) «Y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañadas y negras de costra de sangre, y asimismo el suelo, que todo hedia muy malamente.»
—Bernal Diaz. *Conquista de la Nueva-España.*

Las puertas de ambos santuarios miraban al Poniente, y el último cuerpo de ellos terminaba con una cúpula de madera llena de diversas figuras.

Desde la base del primer cuerpo hasta el quinto, se contaban ciento catorce escalones, de un pié de alto cada uno; pero esta escalera no era seguida sin interrupcion, como algunos autores han creído, sino que estaba dividida en tantas partes, cuantos eran los cuerpos del edificio. Cada cuerpo tenia su escalera de grandes y tersas losas, practicada del lado del Sur, que llegaba hasta el cuerpo superior inmediato. Pero la escalera de un cuerpo, no se encontraba con la escalera del cuerpo que le seguía, sino que conducía á un punto del ancho espacio que contaba cada cuerpo en su base; espacio por el cual rodeaba el que subía, hasta venirse á encontrar con la escalera que le conducía al otro cuerpo por la que le correspondía, y que se hallaba en la misma posición que la anterior. De esta manera era preciso andar todo el rededor de un cuerpo, desde donde terminaba la escalera del de abajo, para encontrarse con el principio de la que le correspondía, permitiendo al público ver de cualquier sitio de la ciudad las escenas religiosas que se practicaban en el gran *teocalli*.

La altura de este notable templo, desde su base hasta la cúpula de sus torres, no bajaba de sesenta y tres varas.

En el gran átrio inferior en que descansaba el primer cuerpo del templo, se veía el altar de los sacrificios gladiatorios, y en el átrio superior, el de los sacrificios ordinarios. Dos grandes braseros, de dos varas de alto, se encontraban delante de las puertas de las dos torres ó

santuarios, en los cuales ardía constantemente el fuego sagrado, que se cuidaban de mantener vivo noche y día los sacerdotes, pues era visto como presagio de terribles desdichas el que se extinguiese. Seiscientos eran los braseros que se contaban en los templos y edificios comprendidos en el recinto del gran *teocalli*, y seiscientos, por lo mismo, las brillantes fogatas que de aquel solo punto enviaban su luz sobre la ciudad, remedando, entre las sombras de la noche, otros tantos fantasmas relucientes, envueltos en los pliegues de las negras y pavorosas nubes.

Cuarenta torres de notable altura se levantaban de otros tantos *teocallis* de menores dimensiones, que se hallaban entre el sólido muro y el templo mayor. Los mas importantes entre ellos eran el consagrado á la divinidad del agua, al númen del aire y al dios de la providencia. Todos, sin embargo, eran de la misma forma, cuadrados, y tenían sus fachadas hácia el templo principal, no sucediendo lo mismo con los demás *teocallis*, construidos fuera del recinto, que siempre se fabricaban con el frontis hácia el Poniente. Unicamente el del númen del aire era redondo, y la puerta que daba entrada á su santuario, figuraba la boca de una enorme culebra. Otro templo se encontraba dedicado al planeta Vénus, con una columna que representaba este astro. Junto á la expresada columna se veía un altar donde se sacrificaban algunos prisioneros al tiempo de su aparición.

No habia uno solo de estos adoratorios, que no tuviese su altar de sacrificios impregnado de sangre; y en un departamento separado se veían grandes ollas y cazuelas,

destinadas á cocer y condimentar la carne de los indios sacrificados.

Seria imposible describir uno por uno los numerosos edificios contenidos dentro del recinto del templo mayor. Allí se hacia notable, por la singularidad del objeto para que habia sido hecho, una gran cárcel, donde tenian apasionados, con vigilancia y órden, á los ídolos de las provincias conquistadas que habian sido conducidos á Méjico como prisioneros de guerra. No llamaba menos la atencion, aunque de una manera mas triste y conmovedora, otro en que se veian sesenta vigas altísimas agujereadas de arriba abajo, colocadas á distancia de cuatro piés unas de otras, con varas que cruzaban del agujero de una á los de las que estaban á sus lados, colgando de ellas ciento treinta y seis mil cráneos de las víctimas sacrificadas (1).

A corta distancia y dentro siempre del recinto, se veian varios seminarios destinados á los dos sexos; los edificios no muy altos, como dice Bernal Diaz, en que vivian los millares de sacerdotes; las casas en que se guardaban los objetos pertenecientes al culto; los grandes depósitos de leña para mantener vivo el fuego en todos los templos, un edificio destinado al retiro, en determinados dias, para el sumo sacerdote; otro á donde el rey se retiraba á hacer oracion y penitencia en ciertas épocas del año; un hospicio para alojar en él á los peregrinos que por devoción marchaban á la capital á visitar á las divinidades; un hospital; un vasto departamento para criar las aves desti-

(1) Tuvo la curiosidad de contarlos uno de los capitanes de Hernan Cortés, llamado D. Andrés de Tapia, y habiéndoselo dicho al historiador Gomara, éste lo hizo constar en su obra relativa á Méjico.

nadas al sacrificio, un jardin, fuentes y un gran estanque de agua extraordinariamente cristalina, que por ámplios conductos llegaba de Chapultepec, y que estaba destinada para el servicio exclusivo de los dioses.

Por donde quiera que se dirigia la vista en aquella animada ciudad, se descubrian huertos, flores, árboles y plantas.

Era un bellissimo panorama el que se descorria á los ojos, al observar el encantador conjunto desde algun punto elevado.

Aquí se levantaba una islita cultivada esmeradamente, formando un ramillete en medio de la avenida de varias calles, como se levanta un jardincito en el centro de una de las modernas plazuelas de nuestras grandes ciudades: allí, en distintas direcciones, se veian cruzar, como rápidos peces, las ligeras canoas empleadas en el tráfico constante; acá los notables palacios de los emperadores, ostentando su lujo y su belleza, sus ámplias casas de recreo, sus pensiles, su serrallo, sus edificios de aves y de fieras, sus estanques, sus baños y sus retretes; allá los curiosos acueductos de cal y piedra, de cinco pies de alto, que conducian, en abundancia, la excelente agua de Chapultepec á la poblacion; y flotando sobre las blandas ondas del tranquilo lago, las poéticas *chinampas* que, cual encantados y floríferos huertos, brindaban á la ciudad rosas y sabrosas verduras.

La pintoresca Méjico de los emperadores aztecas, se encontraba edificada en el sitio mismo en que hoy se mira la moderna ciudad del mismo nombre (1).

(1) Algunos han creído, por la lectura de un librito en que se habla del si-